

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

LOS VIVOS Y LOS OTROS

Traducción de Claudia Solans



Agualusa, José Eduardo

Los vivos y los otros / José Eduardo Agualusa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2022. 224 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Claudia Solans.
ISBN 978-987-628-687-9

1. Novelas. I. Solans, Claudia, trad. II. Título.
CDD 896

Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas e pelo Camões, Instituto da Cooperação e da Língua – Portugal

Esta obra cuenta con el apoyo de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas y del Instituto Camões de Cooperación y Lenguaje de Portugal



**REPÚBLICA
PORTUGUESA**

CULTURA

DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS



Título original: *Os vivos e os outros*

Diseño de cubierta: Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: septiembre de 2022

© José Eduardo Agualusa, 2018 por acuerdo con Literarische Agentur Mèrtin Inh. Nicole Witte. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Claudia Solans, 2022

© de la presente edición Edhasa, 2022

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-687-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

*Es así como todo comienza:
la noche rasgándose
en un enorme relámpago, y la isla
separándose del mundo.
Un tiempo que termina,
otro que comienza.
En aquel momento nadie
se dio cuenta de eso.*

Para Yara, que me regaló la Isla de Mozambique

Primer día

*En el principio había chautá (dios) y la tierra inmóvil
un día un inmenso relámpago dibujó en los cielos
la lluvia que trajo a la tierra al hombre y a todos los animales.*

Ana Mafalda Leite, “La leyenda de la creación”

El mar continúa colgado en la ventana de la sala como un cuadro un poco torcido, pero ya no es el mismo que Daniel Benchimol encontró al llegar a la isla, tres años atrás. Se sumergió en él innumerables veces. Conoce las corrientes y las mareas. Sabe dónde reposan las naves, los galeones, los *dhow*s y los veleros naufragados. Visitó las playas y las islas. Miró las ballenas a los ojos y las vio partir.

Después de conocerlos íntimamente, los lugares comienzan a ser otros. El escritor lleva una silla junto a la ventana y se sienta a beber té helado frente a la luz. Moira todavía duerme, sosteniéndose con ambas manos el vientre dilatado. Tampoco es la misma mujer que él conoció en una espléndida tarde de abril en la ancha terraza de un caserón colonial en Ciudad del Cabo.

La intimidad es el paraíso (y el infierno). Nos enamoramos de lo que todavía no conocemos. El amor es lo que le sucede a la pasión después de que se instala la intimidad. Esto, con suerte. Él, Daniel, había tenido suerte. Con Moira y su isla.

Se calza un par de zapatillas y sale al aire salado de la mañana. Corre a lo largo de la Rua dos Combatentes, junto al murallón, y después por la playa hasta la Iglesia de San Antonio, seguido por algunos chicos que lo alientan, “¡Fuerza, don Daniel!”, “¡Más rápido, don!”. Da media vuelta y retorna. Moira lo espera en la cocina con la mesa puesta. Le tiende un vaso.

—Es jugo de nuestros limones. ¡Bebe!

Daniel lo hace. Toma una ducha rápida y vuelve con ella a la mesa.

—¿Ya llegaron todos nuestros escritores? —pregunta, mientras abre un mucate, pan hecho de harina de arroz y leche de coco, y lo unta con manteca de maní—. Nos van a dar mucho trabajo.

—Va a ser divertido —contesta Moira—. Y no, todavía no llegaron todos. Tenemos un buen equipo. Va a andar bien.

Viste una túnica ancha, que no consigue ocultar el vientre de nueve meses. Escondió las rastas gruesas dentro de un turbante alto, rojo y amarillo, que le alarga el rostro.

—¿Cómo está la bebé?

—¡El bebé! Ahora está durmiendo.

—Es una niña. Estoy seguro. Se va a llamar Tetembua.

—Niño o niña, despídete de él ahora porque tengo que ir a trabajar.

Daniel la besa en el ombligo y después en los labios. Moira sale. Él entra al escritorio y se sienta frente a la computadora. Escribe durante media hora. El teléfono anuncia la entrada de un nuevo mensaje. Es de Uli Lima Levy:

“¿Qué vas a hacer esta mañana?”

“Estaba esperando que te despertaras”, responde el angolano. “Voy a verte.”

Uli había llegado a la isla el día anterior. Venía cansado, después de una larga digresión por España, Francia y Alemania. Habían comido juntos en el Karibu, un restaurante de comida honesta, en palabras de Moira. Comida deshonesta, para ella, es toda la cocina industrial, que utiliza vegetales tratados con pesticidas, gallinas de criadero y peces alimentados en viveros. Comieron atún en salsa de jengibre y después Daniel acompañó

a su amigo hasta el hotel, el Villa Sands, donde estaban hospedadas otras dos escritoras, ambas angolanas, Ofélia Eastermann y Luzia Valente.

2

Ofélia Eastermann se despierta con cuatro versos bailando en la cabeza:

“Después de media noche, los viernes, / Ofélia cosía en el cielo el infinito. / Mientras tanto, la brisa fluía entre palmeras, / un río-rumor de espíritus.”

Se levanta y los anota en un pequeño cuaderno de tapa roja, en el cual escribió en toscas letras negras: “Basura onírica”.

Siempre que alguien le pregunta “¿De dónde es usted?”, Ofélia cierra los ojos y ve las ásperas mulolás* por las cuales, en la época de lluvias, corren súbitos ríos. Ve los lentos caminos de gravilla entre espinos, las carcasas herrumbradas de los navíos, los mabecos** levitando sobre las dunas. Ve una mujer con la piel teñida de rojo-ocre, trenzas gruesas, sosteniendo a una niña en los brazos. “Soy del Sur”, responde. En otras ocasiones, pretendiendo impresionar a los interlocutores, lo que ocurre mucho, elige una fórmula diferente: “Soy de todas las camas en las que fui feliz”.

En cierta ocasión, durante una entrevista, se enojó con una pregunta del entrevistador (“Usted nació en el sur de Angola, creció en Lisboa y vive en Río de Janeiro. A fin de cuentas, ¿se siente más angolana, portuguesa o brasileña?”) y, como la indignación es una especie de embriaguez, perdió la compostura,

* En Angola, terreno anegadizo. (N. de la T.)

** Perro salvaje africano o licaón. (N. de la T.)

asustando al periodista con un grito que hoy figura en cientos de sitios literarios, buenos, malos y pésimos: “¡Yo soy de las palmeras, carajo! ¡Ni angolana, ni brasileña, ni portuguesa! ¡Soy de ahí donde hay una palmera! Soy del mar y de los bosques y de las sabanas. Vengo de un mundo que todavía no llegó: sin Dios, sin reyes, sin fronteras y sin ejércitos”.

Ofélia detesta la frase, pero no hay nada que pueda hacer para impedir que siga propagándose. Personas que nunca leyeron su poesía, y jamás la leerán, comparten el desahogo lírico como conspiradores intercambiando señas y contraseñas. Su editora brasileña mandó hacer una remera con la frase “¡Yo soy de las palmeras, carajo!”, y la puso a la venta en librerías y festivales literarios. Ofélia gana más con las remeras que con los libros. Se levanta, mientras piensa en todo esto, y mira por la ventana. Ve llegar a Daniel, apurado, él siempre a mil, como si un perpetuo ventarrón lo empujase por la espalda. Uli Lima lo espera en una silla junto a la piscina. A diferencia del angolano, emana una placidez natural, vive en estado de domingo. Los dos amigos se abrazan y, al verlos, la poeta piensa que le gustaría tener un amigo escritor. O una amiga. Una amiga le parece aún más improbable, siempre se dio mejor con hombres que con mujeres. Siente la falta de alguien con quien intercambiar libros y opiniones, a quien mostrar versos imperfectos. Sabe lo que dicen de ella: que es arrogante, envidiosa, vanidosa y loca. Loca, todo bien. Loca no la ofende. Ser loco significa rebelarse contra la norma, y la norma es la corrupción, la lisonja, el servilismo. En cuanto a la vanidad, tiene perfecta conciencia de lo que vale y no ve la necesidad de esconderlo, la modestia es la virtud posible de los mediocres. Tampoco soy arrogante, piensa, lo que soy es franca. Mucha gente confunde resolución con arrogancia. Envidiosa, sí, no puede evitarlo. La irrita el éxito de los imbéciles.

Daniel, por ejemplo, era un periodista razonable, se acuerda de haber leído un reportaje suyo, muy interesante, sobre una aldea que desapareció durante la guerra civil. Como a las personas les gustaba leer sus reportajes y le daban palmaditas en la espalda, “¡Felicitaciones, hermano, escribes muy bien!”, el buen hombre se convenció de que podía ser escritor y publicó tres novelas ingenuas, casi infantiles y, sin embargo, intolerablemente pretenciosas. Vendieron muy bien. Eso no la había sorprendido. Las personas aprecian las novelitas simplonas disfrazadas de fábulas complejas: jirafas parlantes, misterios burlescos, lecciones de vida listas para servir. Uli la enerva todavía más, porque ese sí tiene un talento formidable, un sentido del ritmo, una facilidad prodigiosa para crear enredos. El tipo escribe sin esfuerzo. Triunfa sin sudar. Recuerda aquellos *cowboys* de los viejos wésterns, que enfrentaban a quince bandidos dentro de un bar a golpe y patada, y terminaban la pelea con el sombrero en la cabeza y sin una arruga en la camisa inmaculadamente blanca. Deberían haberle torcido el cuello al nacer. Encima es un hombre apuesto, encantador, con una voz baja y un poco ronca, capaz de transformar en carne palpitante el frío corazón de las rocas. Lo envidia, pero dormiría con él de buen grado.

Se mira al espejo. En los últimos años engordó quince kilos. Perdió la cintura. En compensación, los senos ganaron volumen. Se encuentra bonita. Tiene una cabellera abundante, desgreñada, que le da un aire feroz, y unos ojos grandes, brillantes como espejos. Sus ojos no envejecieron. Sigue usándolos con éxito para atraer incautos. Sonríe para sí misma. Después elige un vestido liviano, rojo pitanga, se pinta los labios con un tono idéntico y baja al bar, junto a la piscina, en busca de un café que la devuelva a la vida.

La galería de arte del Hotel Villa Sands ocupa un edificio rectangular, pintado de blanco, frente al mercado de peces. Se entra en una sala amplia, muy bien iluminada, en la que se exponen telas y fotografías, y a partir de ella se accede a un pequeño jardín interior. El bar queda ahí. Cornelia Oluokun, sentada a una mesa, bebe un café mientras usa el teléfono para intercambiar mensajes con el marido. Frente a la escritora nigeriana, de pie, mirándola perpleja, hay una niña. La pequeña siguió a Cornelia desde el hotel donde esta se encuentra hospedada, el Terraço das Quitandas. El cabello, muy blanco, crespo y alto, flota como una nube blanda sobre su cabeza. Si alguien entrara en ese instante y las viera así, una frente a otra, la nigeriana vestida con una amplia túnica en tonos de azul, la niña con un vestidito blanco, pensaría que se trata de una instalación artística. “La diosa y su ángel” sería un título posible.

“No sé por qué vine”, escribe Cornelia. “El avión todavía no había aterrizado y yo ya estaba arrepentida.”

“Siempre dices eso”, contesta Pierre. “Tu presencia es importante. Nos pasamos el tiempo quejándonos de que hay pocos festivales literarios en África. Tenemos que apoyar a los que aparecen. Además, estuve mirando fotografías de la Isla de Mozambique. Caserones coloniales, playas maravillosas. La historia y la naturaleza juntas en un mismo espacio. Acuérdate de Zanzíbar. Debería haber ido contigo.”

“No. Soy yo la que debería haberse quedado contigo, escribiendo.”

“Me dijiste que irías porque este viaje, arrancándote de tu zona de confort, tal vez te devolviera a la escritura. ¿Te acuerdas?”

“Pésima idea. Quiero salir de aquí.”

“¿Pero por qué?”

“La mitad de esta ciudad está en ruinas. La otra mitad es un barrio de lata.”

“¿Y entonces?”

“Una niña albina me sigue a todos lados, como un cachorrito.”

“¿En serio?”

Cornelia fotografía a la niña y envía la imagen.

“¿Pensaste que era una alucinación?”

“¡Qué linda, ella! Todavía creo que es una alucinación.”

“Las alucinaciones no se dejan fotografiar.”

“La mayoría, no. Pero tú tienes alucinaciones muy sólidas. A esta la encuentro maravillosa. ¿No estás en un bar? Ofrécele un *croissant*.”

“¿Crees que aquí, en este agujero, hacen *croissants*?”

“Entonces una tostada. Algo. ¿Cómo se llama?”

“¡Qué sé yo cómo se llama!”

“Pregúntale cómo se llama.”

“No hablo portugués.”

“Pregunta en inglés. Aunque no hable la lengua, va a comprender.”

Cornelia deja el teléfono y encara a la niña.

—¿Cómo te llamas?

La nena sacude la cabeza, haciendo que la esplendorosa nube que la corona se agite levemente.

—Ainur —murmura.

Cornelia vuelve a agarrar el teléfono. Escribe:

“Se llama Ainur.”

“Ahora pide algo para que coma.”

La niña se vuelve y sale corriendo.

“Huyó”, escribe Cornelia. “Los niños me tienen miedo.”

“En la fotografía no parece asustada. Parece fascinada. Yo tenía esa misma mirada cuando te vi por primera vez.”

“No huiste cuando te pregunté tu nombre.”

“Estaba maravillado. Estaba aterrorizado. Quería huir, pero era imposible. Si no recuerdo mal, había ochocientas personas frente a nosotros, y todas ellas estaban allí por tu causa.”

“¡Ah! ¡Ah! Sólo tú para hacerme reír.”

“Es mi oficio y mi destino. Vivo para hacerte sonreír. No te olvides de que soy tu iluminador oficial.”

Cornelia Oluokun abre una sonrisa genuina. Le hace una seña a la empleada, una muchacha delgada, tímida, que se acerca con pasos lentos. Le pide otro café y un *croissant*. Sí, venden *croissants* allí. Y no son nada malos.

4

Más que los viejos muebles indo-portugueses traídos de Goa siglos atrás, lo que le encanta a Jude D’Souza es la luz. El aire que la sustenta le parece muy anterior a los venerables sillones, a los confidentes, mesas y escritorios que llenan los amplios salones del antiguo Palacio de los Capitanes Generales. El suave esplendor que dora el piso y endulza los ángulos de los muebles debe de estar almacenado allí desde que construyeron el edificio en 1610 para servir de colegio a la Compañía de Jesús. Anota los datos en el teléfono, mientras escucha al guía, un joven curioso, que habla un inglés razonable y se muestra interesado en saber qué viene a hacer un nigeriano —el primero que conoce— a la isla.

Jude le pregunta si lo puede fotografiar junto a una de las ventanas, mirando hacia el mar, con el bello rostro de trazos